

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVO

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA 5 DESPUES DE PENTECOSTE.

Dico enim vobis, quia nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum caelorum

Matth. cap. 5. 20.

Combatir los errores que pervierten la inteligencia del pueblo fiel y llamar su atencion hácia las desdichas que ocasionan las maximas corrompidas del siglo, es digna tarea del orador evangélico. Y entre los errores dominantes hay uno que debemos combatir con todas nuestras fuerzas los que somos por encargo divino *luz del mundo y sal de la tierra*. Este error que cunde como el cáncer, y que ha venido á ser como la regla moral de muchos cristianos ignorantes ó viciosos, es la maxima de los escribas y fariseos segun la cual la justicia ó santidad consiste en no cometer ningun delito que nos

deshonre á los ojos de los hombres; ó como dice San Agustin, la justicia de los fariseos consiste en no cometer homicidio. *Justicia Phariseorum est ut non occidant*. Hoy es el dia en que la máxima farisáica ha logrado aclimatarse en los pueblos católicos, merced al predominio funestísimo de la heregia liberal, madre fecunda de esas vergonzosas corrupciones y de esos vicios degradantes que envilecen á las almas y van pegados al cuerpo social como una lepra espantosa. *Yo no robo ni mato*: hé aqui la fórmula de la justicia moderna, que tiene por autores á los escribas y fariseos. Y con decir *yo no robo ni mato*, hay cristianos que se tienen por hombres honrados y cumplidores de toda justicia. Es preciso combatir de frente un error que tantos daños puede traer á las almas, á la Iglesia y á la sociedad. El Evangelio de la presente Dominica ilumina este punto moral, diciendo con la mayor claridad en que consiste la verdadera justicia. Os digo que si

vuestra justicia no fuere mayor que la justicia de los escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. No basta, pues, abstenerse de robar y matar, para llamarse hombre de bien y merecer la bienaventuranza.

Dos cosas son necesarias al hombre bautizado para cumplir la verdadera justicia, á saber; una por parte de su entendimiento que consiste en creer todas las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia, y otra por parte de su voluntad que consiste en cumplir todos los preceptos de Dios, y de la Santa Iglesia católica, que es en la tierra el órgano infalible de las leyes emanadas del Dios que rige los mundos y gobierna á los hombres desde los altos cielos. Porque escrito está: El que creyere será salvo; el que no creyere, se condenará. La fé, esto es, el asentimiento que debemos á las verdades reveladas, obliga á todo cristiano, porque cuando Dios habla, el hombre debe escuchar su palabra con atención y recibirla con gratitud. Y Dios se ha dignado hablar á los hombres ora por los Patriarcas, jefes esclarecidos de las familias que adoraban al Dios verdadero y cumplían su ley, ora por los profetas, inspirados reveladores de la verdad y celosos ejecutores de las voluntades de Jehová y últimamente, nos habló por medio de su Hijo, venido al mundo para enseñar la verdad, indicar el camino y comunicar su propia vida al hombre infeliz que estaba como de asiento en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte. Llegada que fué la plenitud de los tiempos, dice el Apóstol, envió Dios á su Hijo, que se hizo hombre en las entrañas de una Mujer, bajo el impe-

rio de la ley antigua, ley de temor, para redimir á los esclavos, iluminar á los ciegos y curar con las medicinas de su Sacrificio á los llagados del corazón. De tal manera nos amó Dios que nos entregó su Unigénito, para que cuantos escuchen su voz y crean en él, no perezcan, sino que vivan la vida del mismo Dios y tengan la vida eterna.

La fé es el principio de esta vida, la raíz de la justificación y la madre siempre fecunda, jamás estéril, de toda obra laudable y meritoria, con tal que el hombre la reciba con docilidad y la cultive con esmero, porque esta planta divina, bien cultivada se convierte en árbol frondoso, vestido de hermosas flores y coronado de abundantes y sabrosos frutos. Infiérese de estos principios que no basta abstenerse de robar y matar, sino que es necesario creer, que la justicia verdadera no existe sin la fé, porque ella es la vida del justo. *Justus ex fide vivit.* Consiste la verdadera justicia en cumplir los deberes que tiene el hombre para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo. ¿Y cómo puede cumplir estos deberes el que reduce toda la ley á no robar ni matar? ¿Es por ventura hombre honrado el incrédulo que niega á Dios, el blasfemo que ultraja su Santo nombre, el libertino que ofende su santidad infinita, el político que persigue á la Iglesia, y niega sus derechos, y atropella sus leyes? ¿Puede llamarse hombre honrado, el que se entrega á merced de sus pasiones, dando lugar á la ira, á los odios y rencores, á deseos ilícitos y pensamientos de vanidad al libertinaje del entendimiento y á los

desórdenes de los sentidos? Estos hombres no roban ni matan, quizá son limosneros, y practican algunas obras buenas, pero son al mismo tiempo blasfemos, avaros, lascivos, deslenguados, iracundos; no practican la Religión, no oran, no confiesan ni comulgan con la debida frecuencia, quizá lo hacen una vez al año, con malas disposiciones, viven como de asiento en el pecado y beben como el agua la iniquidad. ¿Es así la justicia cristiana? ¿Son estos los hombres honrados que el mundo presenta como tipos de honradez y espejos de la justicia? ¿Justicia farisaica! No es así la moral cristiana, y os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, á pesar de vuestra decantada honradez, no entrareis en el reino de los cielos.

Consiste la justicia en dar á cada uno lo que es suyo. Y quien se limita á no robar ni matar, el que si bien no roba ni mata, deja de cumplir las demás obligaciones que la ley cristiana nos impone, ¿cómo podrá decir que da á Dios lo que es suyo? ¿Cómo podrá ostentar en su frente el timbre de verdadero cristiano? No roba á Dios su gloria el que no le glorifica como es debido? Y los que cometen el pecado y desprecian la redencion obrada por Jesucristo, no dan muerte al Hijo Dios, en cuanto está de su parte? ¿No son crucifijos del Justo? ¿No son deicidas? Oidlo otra vez los que no robais ni matais, oidlo y estremecéos: Decis que no robais los bienes ajenos ni quitais la vida á vuestro prójimo. Yo os felicito porque no habeis cometido ni pensais cometer los crímenes

de robo y homicidio; ¿pero es cierto que no cometeis ningun otro pecado? Veo que e vuestro corazon se abrasa en el fuego de la ira, de la envidia y de las liviandades; observo que vuestra boca semeja un sepulcro abierto de donde brota palabra hedionda, frase inmoral, sátira picante, y todo género de palabras ofensivas de Dios y del prójimo; advierto que vuestras manos están vacias de buenas obras y llenas de iniquidad. Pues ahora escuchad, os suplico, y estremecéos: ¿Qué es el pecado mortal? Su malicia es infinita porque ofende á la infinita Magestad de Dios, como enseña Santo Tomás. Su malicia es infinita porque el pecador, en cuanto está de su parte quita la vida al Hijo de Dios. Si, el pecado mortal es un deicidio. Reos sois del pecado más deforme que han visto los siglos, reos sois, cuando pecais del crimen más espantoso que se ha cometido en la tierra, reos sois de la muerte de Cristo, reos del enorme pecado del Deicidio. No lo digo de mí; lo dice el Apóstol cuando testifica que los pecadoras crucifican en si mismos al Hijo de Dios. *Crucifigentes in semetipsis Filium Dei.* Digo más, y os advierto que no hay hipérbole en mis palabras: los cristianos que pecan, son más culpables que los deicidas del Calvario, porque los cristianos conocen á Jesucristo, y los judios no le conocian, pues si le hubiesen conocido no hubieran crucificado al autor de la vida y Señor de la gloria.

Ved ya como se roba y se mata sin robar ni matar ó vuestro prójimo. ¿Pero es verdad que aun en esta parte estais libres de todo pecado,

Los bienes de vuestro prójimo no son únicamente los bienes de fortuna. Tiene otros bienes mas excelentes como son el honor y la buena fama que posee con perfectísimo derecho. Y ¿quién duda que tambien hay ladrones de estas riquezas inestimables? Dicen muchos que son honrados por que no roban la plata ó el oro, porque no asaltan el domicilio ajeno ni salen á los caminos y encrucijadas á desbalijar al pacífico viagero, ¿pero no roba bastante el que murmura, y calumnia, el que abriendo su boca, dispara saetas de fuego contra el honor de sus semejantes? No roba bastante el que deshonorra al sacerdote, á la esposa, á la doncella, y á cuantas caen bajo su lengua, afilada navaja que destroza sin compasion la honra inmaculada de individuos y familias que gozan en pacífica posesion de ese rico tesoro?

Dos vidas hay en el hombre: la vida del cuerpo y la vida del alma. Horrible crimen comete el homicida que mata la vida del cuerpo, pero mayor es el crimen del que mata la vida del alma. ¿Quién es este y le llenaremos de oprobio? Es el escandaloso, á saber: el que induce á pecar, ó enseña el pecado á su prójimo.

Decis que no matais, y haceis pecar á vuestro prójimo. Pues ¿no veis que el escándalo es la muerte del alma? Ay del escandaloso, dice Jesucristo. Mas le valiera no haber nacido. Fuérale mejor que le arrojáran al mar con una piedra de molino al cuello.

No basta, pues, evitar el robo y el homicidio para salvarse. Los que asi se conducen, solo cumplen dos mandamientos de la ley de Dios, y escri-

to está que si guardais toda la ley y la violais en un solo punto, os haceis culpables como si la hubierais violado en todas sus parte.s

Sea, pues, vuestra justicia, servirá á Dios con rectitud de corazon, cumplir sus santos mandamientos, agradecer sus beneficios, y promover su santa gloria.

Sed honrados con la honradez cristiana que no solo consiste en abstenerse de robar y matar, sino tambien en el cumplimiento de toda la ley de Dios. Sed verdaderamente cristianos con el cristianismo que practica la virtud y aborrece el pecado, que se ejercita en actos de piedad y en obras de misericordia. Sed católicos con el catolicismo que ora, que confiesa, y que comulga, que está dispuesto á perder todo el mundo si fuera suyo antes que perder su alma. Creedme, herm. m.: Dícese con razon que el infierno está empedrado de buenas intenciones, y yo añado que aquella mansion horrible está habitada por muchos condenados que no robaron ni mataron. Sed vosotros verdaderos cristianos en la tierra y sereis algun dia ciudadanos del cielo.

LA MUERTE DE FELIPE.

Arrasados en lágrimas los ojos, y apoyados los codos en la ventana de su habitacion, la niña Edith hablaba de esta suerte:

—¡Oh Dios mío, Vos que sois tan bueno, ¿cómo haceis sufrir tan cruelmente á mi pobre hermanito Felipe?

Era el dia más hermoso de la primavera, las flores temblaban en sus tallos á impulsos de la brisa, espar-

ciendo enbragados perfumes. Extendíase á la vista de la niña un inmenso bosque, cuyos árboles, iluminados por los rayos del sol, mostraban su risueño y juvenil ardor. Edith se preguntaba si podría recorrer de nuevo aquel hermoso bosque con su hermanito, que tanto gustaba de hacer ramos de jacintos, y despues, jugueteando con las flores, las deshataba y entregaba al viento sus pétalos dispersos. ¡Cuántas veces le habia dicho ella que no tratase así á las hermosas flores de Dios, porque la Providencia deja á las flores secarse naturalmente en su tallo, y nunca dispersa inútilmente las hojas de su hermosa corola!

Ahora Felipe se moria, sufriendo horriblemente, y la naturaleza no parecia entristecerse á vista de sus sufrimientos. Volaban entre los árboles los céfitos, y los pajarillos hacian sus nidos al rededor de la morada del que tanto los habia amado. Los suspiros de Edith tornáronse sollozos, y sin poderse ella contener exclamó, ocultando entre sus manos su rubia caballera:

—¿Por qué dicen que Dios nunca se engaña, y que todo cuanto hace está bien hecho, y que solo quiere nuestro bien? ¡Acaso no puede hacernos felices devolviendo á mi hermano la salud? ¡Ay! Dios es todopoderoso, pero no es todo caridad, porque no devuelve la salud á mi hermano.

En aquel instante oyó Edith una voz que pronunciaba su nombre en tono de suave reprehension. Edith vió que nadie habia en su habitacion, y se volvió á la ventana; pero no tardó en oír la misma voz, que le decia:

—Edith, tú ángel de la guarda no

está contento contigo porque te oye hablar mal de Dios.

Edith no se atrevia á mirar hácia atrás para ver quien le hablaba: pero sentia cerca de si la influencia de alguien cuya presencia la llenaba de dicha y consuelo casi divinos, exentos de temor.

—Esta casa—continúo la voz del ángel—está llena en este momento de ángeles del cielo, que han venido á recoger el último suspiro del alma de Felipe, y entretanto, envidioso el infierno, envía al ángel de las tinieblas y te inspira malos pensamientos, y te hace decir palabras contrarias á amor de Dios ó á su divina Omnipotencia.

La niña conocía que, siempre que el ángel pronunciaba el nombre bendito de Dios, se inclinaba profundamente y que su voz vibraba dulcemente conmovida.

—¿Porqué lloras, hija mia?

Edith no sabia qué responder. Sin duda sentia cierta emocion, semejante á la que Adán debió de sentir cuando le preguntó el Señor: «¿Porqué huyes de mi presencia?» Sin embargo, Edith tenia necesidad de comunicar sus pensamientos; conocia qué diciéndolos, habia ce consolarse.

—Una justicia escandaliza: Felipe no ha hecho nunca nada malo, y, sin embargo, Dios le hace sufrir. Este pensamiento me subleva y me escandaliza.

Una impresion semejante á la que se siente al contacto del hielo, sintió entonces en todos sus miembros.

—Verdaderamente—añadió—es cruel hacer sufrir de este modo á nuestro pobre Felipe. Los malos únicamente debian ser los desgracia-

dos. Mi hermano todavía es muy pequeño para poder pecar: ama mucho á Dios, ha sido bautizado y seguramente irá al cielo. ¿Acaso no estaba á mi lado cuando pronunciaba el nombre de Jesús? Juntaba sus blancas manecitas y las cruzaba, y levantando al cielo sus hermosos ojos, decía: «¡Baby, ama á Jesús!» Ahora yace en este lecho de sufrimientos y sufre horribles convulsiones. Si Dios quiere puede curarle, y si no puede, ¿cómo ha podido criar el mundo? Todos lloramos aquí; yo paso llorando la noche, mientras mi madre, junto á la cuna del niño, cree que Dios la castiga por sus pecados. Pero ¿qué pecados puede haber cometido una madre tan cariñosa y tan buena como la nuestra? Y aunque mamá hubiera pecado, ¿por qué ha de sufrir el niño el castigo de ella? Los ángeles quieren llevarse al cielo á Felipe, y mi madre, que lo ama más que yo, nunca podrá consolarse. Sin duda tiene Dios derecho á arrancar al niño de los brazos de su madre; pero ¿por qué abusa Dios de este derecho? Bien conozco que todo cuanto digo está muy mal dicho, pero no puedo ver que Dios desgarré el corazón de mi madre y haga sufrir tanto á mi pobre hermanito.

Mientras Edith hablaba así y lloraba á lágrima viva, se había arrojado casi maquinalmente. Entonces habló el ángel:

—«Padre nuestro que estás en los cielos... Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...»

Edith volvió la cabeza. Era de noche. Un ángel de doradas alas estaba en la habitación llenándola de resplandores celestiales. Su cuerpo era

diáfano, y en sus manos tenía una arpa de oro. Parecía á 'a niña oír á lo lejos, como entre sueños, acercarse las olas del mar una en pos de otra y romperse en la orilla. Esta orilla era únicamente Dios.

El ángel del Señor se acercó á Edith, y al punto se desvanecieron en ella las tentaciones de murmuración contra la Providencia.

—Hija ¡de predilección! Dios es verdaderamente tu padre. Quiere tu amor, pero te deja en libertad para que se lo consagres ó no. Juntamente con ser magnífico y liberal, es también celoso. El querer tú comprender la razón de sus actos y penetrar los designios de su voluntad, es orgullo. Saber absolutamente la razón de las obras de Dios, es ser Dios mismo. Osarías negar la existencia del sol porque tus débiles ojos no pueden contemplarle cara á cara? Dios es la inmensidad; el hombre no alcanza á ver en Él cosa alguna con perfección, y mucho ménos su infinito amor á los hombres.

¿Crees, por ventura, que nosotros los ángeles, que contemplamos cara á cara Su Magestad, podemos penetrar los designios de su sabiduría? Preciso es creer sin comprender. Cuanto más adelante vayas en el camino de la vida tanto más se abrirán tus ojos á la humana sabiduría, y entonces te alejarás más de tu ángel y entenderás con mas dificultad lo que la fé te manda creer.

Y no creas que los hombres alcanzan un conocimiento de Dios mas perfecto que los ángeles. Al contrario, la inmensidad del espacio no bastaría para contener lo que yo sé y entiendo de Divinidad, y los hombres

morirían instantáneamente si pudieran contemplar, siquiera un instante, la majestad de Dios tal como yo la contemplo. Sin embargo, apenas me aparto de la orilla en este océano divino.

Dos piedras de diferentes tamaños, comparadas con una extensa cadena de montañas, parecen iguales. Del mismo modo tu manera de comprender y la mía son casi iguales en comparación de la inmensidad del océano divino. Reposemos, pues, tranquilamente en sus manos, que lo que Dios hace es lo mejor y lo que más nos conviene, según sus inescrutables designios.

—Pero ¿cómo se pueden conciliar ¡oh santo ángel! la bondad de Dios con los sufrimientos que este soberano Señor hace sufrir á mi inocente hermanito?

—Reposemos tranquilos en sus manos—repitió el ángel—que todo cuanto Dios hace es lo mejor y lo que más nos conviene. Hay en el cielo un arcángel, por nombre Miguel, cuyo soplo bastaría para lanzar los mundos por el espacio, cuya ciencia excede á la de todos los hombres juntos de todos los siglos, cuya mirada es tan penetrante que se pierde en el océano divino. Pues este arcángel solo percibe una pequeña parte de la ciencia divina.

Hay en el cielo otro arcángel llamado Rafael, el cual de tal manera ama á los hombres que descendería del cielo á la tierra si Dios no le detuviera en el paraíso. Pues este arcángel solo posee una pequeña chispa del incendio del divino amor, la cual, con ser tan pequeña, sin embargo bastaría para consumir en un instante toda

la tierra. Estos dos príncipes del cielo están de pié ante el trono del Altísimo y le contemplan en un éxtasis mezclado de temor.

El ángel de Edith se calló: sus miradas parecían contemplar en el cielo la hermosura de las cosas de que había hablado.

La niña entretanto oía á lo lejos á las olas romperse unas tras otras en la misteriosa orilla, que era Dios. Sin pensar lo se había arrodillado anónada, mientras el ángel le descubría los secretos de Dios. Su inteligencia no había comprendido todas las palabras del ángel: pero al oír tales maravillas se veía tan pequeña que creía desaparecer en el polvo de la tierra. El ángel murmuraba algunas palabras que Edith no entendía, y que, sin embargo, la llenaron de fortaleza, de amor de Dios y de resignación.

El ángel se dirigió entonces hácia la puerta de la habitación, y Edith le siguió sin saber lo que hacía.

Un momento después bañaba Edith con su llanto los piés del confesor que también lloraba con ella ¡Oh! ¡Con qué alegría dió gracias á su Redentor cuando se acercó al santo tabernáculo!

Cuando volvió Edith junto á su hermano, este dormía tranquilamente, gracias á la acción de una bebida calmante que le habían dado los hombres de la ciencia. La tierna madre de Felipe estaba junto á la cuna, cuyas sonrosadas cortinas disminuían con sus reflejos la palidez mortal del semblante de su hijo. Edith levantó las cortinas y retrocedió admirada: en lugar de su hermano estaba en la cuna el Niño Jesús, co-

ronada de espinas la cabeza y con las señales de los clavos en sus manecitas cruzadas. El divino Niño comenzó á subir al cielo, y ántes de desaparecer entre las nubes, el ángel de la guarda le enseñó á Edith la señal de la lanzada que recibió en el corazón el Salvador del mundo.

Aquella noche, que nunca olvidará Edith, parecia haber desaparecido la primavera: un terrible huracan hacia temblar la casa, y los árboles del bosque eran arrancados de cuajo. Edith tuvo miedo y se levantó de su lecho; buscó á su madre, y la encontró sentada junto á la cuna con el cadáver de su hermano en los brazos.

¡Qué sollozos salieron entonces del pecho de Edith! Cuando por obedecer á su madre volvió á su lecho, y el sueño y las lágrimas cerraron sus ojos, creyó ver á la Virgen María sentada donde poco ántes habia visto á su madre, y teniendo al Niño Jesús en sus rodillas. El ángel de Felipe, muy parecido al suyo estaba tambien allí cantando un hermoso himno de amor. En el lugar de Felipe habia un angelito que parecia admirado de la hermosura de las cosas que veia, y movia sus alitas resplandecientes.

Despues creyó el jóven hallarse en el cielo. Una inmensa escala, semejante á la que Jacob vió en otro tiempo, unía el cielo con la tierra, y por ella bajaban los ángeles llevando las gracias de Dios á los fieles de la tierra. Los ángeles sacaban estas gracias de una fuente inagotable y las esparcían sobre la tierra, y donde caía esta divina lluvia nacían la fé, la virtud, el amor de Dios y el deseo de sufrir por su gloria.

Una voz se oyó que decia:

—«Los sufrimientos de este niño que acababa de morir, han probocado en el cielo torrentes de gracias que Dios concede á la tierra. Los crímenes son perdonados, olvidadas las blasfemias; el arrepentimiento penetra los corazones. Todas estas gracias las concede Dios á la tierra en nombre de los sufrimientos de Felipe.»

Cerca del trono de Dios estaba sentada su Santísima Madre. La Virgen María presentó á su hijo un jacinto en flor, cuyo perfume hizo sonreír al rey de los cielos.

Entonces sonó la misma voz y pronunció las mismas palabras que Edith acostumbraba á decir á su hermano en el bosque:

—«La Providencia no dispersa jamás inutilmente ni siquiera las hojas de la más pequeña de las flores.»

P. FABER, S. J.

BOLETIN RELIGIOSO.

Santos de hoy 6.

Santa Lucía, vírgen y mártir.—
Santa Filomena.

CULTOS. En la Catedral á la misa conventual sermon de San Pedro, que predicará D. Cláudio Diaz Alba, coadjutor de San Lorenzo.

Los ejercicios del Cármen y Adoratrices á las cinco.

Los de la Orden tercera á las cuatro.

La Hora Circular corresponde á la parroquia de San Lorenzo.

Santos de mañana 7.

San Odón, obispo.—Santa Edilburga, vírgen.

Imp. DE LA FIDELIDAD CASTELLANA.